

## Acerca de “Androgenización de «La joven homosexual» de Freud

Jorge N. Reitter

En principio quiero decir que me parece fabuloso el proyecto de *Zona clínica degenerada*, en parte ando en un proyecto similar que ustedes, de relectura de los historiales freudianos con lentes queer, por así decir. Me encantó también la definición de “relectura asombrada” como apuesta del proyecto.

Por otra parte celebro la propuesta de continuar la acogida de los *Lesbian & gay studies* con una “relectura de los *dichos y escritos* del psicoanálisis.

Sé muy poco acerca de la erótica lésbica, lo cual sin duda es una limitación de lo que pueda pensar. Sin embargo, algunas cosas me atrevo a comentar acerca de los textos, el de Freud y el de Fernando. Las dos efes.

No estoy seguro de si existirá “una erótica por fuera de toda referencia a lo masculino y a lo fálico”, pero tiendo a ponerlo en duda. Así como en la erótica gay entre varones es bastante evidente que de diversos modos entra lo femenino, mi poca *expertise* en erótica lésbica no me impide saber que allí el falo no siempre está ausente, ya sea bajo la forma de un arnés o de un dildo. Que esté ausente un varón no quiere decir que esté ausente lo masculino, así como la ausencia de una mujer no implica la ausencia de lo femenino. O al menos a mí me sirve pensar así, ya que en este quilombo de lo masculino y lo femenino siempre pisamos un suelo muy resbaloso, y muy cargado de fuertes emociones. En definitiva, que nadie, pero nadie, tiene la posta, de modo que yo les comparto mi manera de pensarlo.

No me parece que la búsqueda de Freud, en general y en este historial, se limite a confirmar sus especulaciones previas. Tampoco está, por supuesto, partiendo de cero en cada texto, pero yo lo veo un pensador bastante abierto a hacer una “lectura asombrada”. Por ejemplo, este mecanismo que está pensando por esos días, de “hacerse a un lado”, parece ser algo que va gestando a partir de una escucha abierta a lo nuevo, lo hasta el momento no escuchado.

Sí creo que hay un pecado original en la redacción del historial, y que ese pecado va a determinar todo lo que dice, y en cierto modo lo va a invalidar. El pecado aparece claramente expresado en el último párrafo del libro, que se inicia con la frase: “No es misión del psicoanálisis solucionar el problema de la homosexualidad”. Entonces, ay, la homosexualidad es un *problema*, y cae por su propio peso la afirmación que en el texto viene a continuación: “[El psicoanálisis] Tiene que conformarse con revelar los mecanismos psíquicos que han llevado a decidir la elección de objeto, y rastrear desde ahí los caminos que llevan hasta las disposiciones pulsionales”. La “elección de objeto”

es entonces un problema y se investiga cómo llegamos a esta situación embarazosa, aunque reconozcamos que no siempre podamos resolverla. De ahí el título del artículo, que no es como el de Dora, el de un fragmento de análisis, sino “Sobre la *psicogénesis* de un caso de homosexualidad femenina”.

Ni hablar de que es muy distinto presentar a una analizante como un caso de histeria, que en definitiva habla de un conflicto psíquico, que presentarla, como si fuera homologable a un conflicto psíquico, como una “homosexual femenina”, que es una posición ante el deseo, y como dice Fernando, un estilo de erótica.

Yo ubicaría en este pecado original la “opción epistémico-política inadvertida”, que con toda razón señala Fernando, pero que yo no encuentro tanto en la androgenización de muchacha, porque no creo que lo heteronormativo del historial esté en plantear que su estilo erótico tenía características masculinas. De hecho, la muchacha misma, al menos cuando la entrevistan no siendo ya muchacha, también habla en esos términos. En una bella escena de su intento de aproximación a Léonie von Puttkamer, cuenta de un día lluvioso en el que las dos mujeres están esperando el tranvía, llamado en aquella Viena “la eléctrica”. “Ella ha visto, estando con su padre, cómo dejar pasar a una dama de la mejor forma posible. ¿Por qué no intentarlo ella misma? Con un giro galante del cuerpo y un leve gesto con la mano le abre el paso a Léonie. En ese acto siente un calor ardiente, y la sangre le susurra en los oídos”. Ese gesto de ponerse en el lugar del caballero la erotiza. Y no sólo nuestra anónima muchacha, sino que también Léonie lo lee como un gesto masculino: “... esa muchacha con su vestido de marinero bajo el abrigo y el rostro rojo de vergüenza, que la corteja como un caballero<sup>1</sup>”. Es además, la primera vez que se dirigen la palabra.

Por otra parte, dada la intensidad de las relaciones de deseo, amor, odio y goce con los padres, me parece que sin duda habría con ellos un complejo juego de identificaciones, que justamente no se rige de un modo fijo por la materialidad de los cuerpos.

Ese pecado original, el de plantear la homosexualidad como un problema (y ahora no tengo tiempo de explayarme sobre las sutilezas y contradicciones en las que incurre el mismo Freud sobre el tema, me limito a decir que su posición no es de ningún modo unívoca) lleva al segundo pecado original de este texto (no creo que San Agustín me admitiera esto de dos pecados originales, pero bueno, seré hereje): haber tomado a alguien “en análisis” sin que haya demanda. Y en ese sentido me parece que hay una gran diferencia respecto de lo que pasa con Dora, porque si bien ambas llegan llevadas por sus padres, Dora sí siente que tiene un problema y hasta cierto punto llega a formular una demanda. Por muy buenas razones, no le sucede lo mismo a nuestra muchacha.

Bueno, quisiera compartirles más ideas, pero hasta aquí llego por el momento.

---

<sup>1</sup> Inés Rieder y Diana Voigt. Sidonie Csillag, La ‘joven homosexual’ de Freud. P. 21.